

FREI ABER FROH*

Enrique López Aguilar

ESTE lunes se explica con un solo nombre, el de Milagros; Milagros en Coyoacán, calle de Viena. Frente a esa casa, bailando los dedos contra el volante del coche, José desanuda un momento lleno de evocaciones mientras verifica el número contra la reja, la blancura de la fachada y los tres pisos: ¿ya habrá llegado?

Acecha las once veintinueve y el tiempo se tiñe como de ojos verdes, cambiantes, y se va poblando de sinónimos milagrosos. La mano derecha pretende seguir las sugerencias del radio y tarda en saber que es uno de los vals para piano de Brahms, pero José sólo piensa si Milagros estará en casa, puntual para la cita, más que en esa otra sorpresa que es la sensación de árbol, humedad y piedra en el que fuera un pueblo de los antiguos alrededores.

De cualquier manera, recordar calle e iglesias coyoacanenses hubiera sido menos que su atmósfera total, aunque a José se le vienen encima la casa de Trotsky, la de Frida Kahlo, las nieves de "Siberia" y esta parte medio desasida que se extiende hacia Río Churubusco, lo bordea y se disuelve en él o en División del Norte, aparentemente ajena al viejo centro pero no menos Coyoacán.

Llegar aquí fue sencillo: avenida Universidad, vuelta a la derecha en el semáforo de los Viveros, avenida México después de un breve rodeo y, por fin, la calle precisa, saboreándola como si el coche fuera una lenta boca que degustara el pavimento y se tragara casas, árboles, anuncios, peatones, al cielo reventando de azul contra el gris capitalino, todo aromas y ruido como de ropa desgajada para retardar el vuelco en el corazón, la boca reseca, el frío nerviosismo que se cierra en torno al volante y ha dejado de tamborilear la música del radio; como un vestido del que cayera la última prenda mientras el automóvil se detiene junto a la ban-

queta, frente a la casa prometida: las once y media tienen cuerpo y voz, nombre y ojos verdes y, más bien, una palabra que envuelve el último reducito de José antes de pasar a lo que sabe y no de ella, de Milagros, quien desde el tercer piso, en el balcón, mira el coche de José, tímidamente estacionado. Baja las escaleras, abre la reja de entrada, se encuentra con él, a punto de apretar un timbre que no sirve, y hola, ¿te costó trabajo llegar? Besos en las mejillas. No, claro que no (mueve insensiblemente el portafolios con los poemas, ¿cómo decirle que el sábado en la noche, por no demorar el camino, supo explorar la ruta?).

Hannes tocó a la puerta. El viaje había sido largo y también las esperanzas puesta en él. La incertidumbre de su edad, pese al reconocimiento de los amigos y el relativo éxito alcanzado, parecía ser explicación del toc, toc, toc contra la aldaba. Iba abrigado, aunque no hacía frío, y sostenía bajo el brazo un cartapacio de cuero donde llevaba sus manuscritos. De no ser por esta visita, pensó, no tendría muchas razones para visitar Düsseldorf, ni siquiera por el Festival de Música del Bajo Rin. Volvió a tocar, ahora con impaciencia, hasta que una voz de voy, voy, seguida de lentos pasos, lo detuvo mientras duraban los chirridos de la llave contra la cerradura, luego la sirvienta y pase usted.

Hannes ingresó a un espacio desconcertante por su amplitud, pero no sabía, en realidad, qué iba a encontrar. Fue conducido a un pequeño estudio con piano, dos sillones, un sofá y abundantes partituras sobre el escritorio, y se apoltronó para la espera. Casi no tuvo que aguardar. A los pocos minutos se abrió la puerta y tuvo enfrente la presencia del músico celebrado, la mano de Robert Schumann; no pudo prever que esa tarde quedaría llena

*Del libro de cuentos *Los rostros de Urania*, de próxima aparición

para siempre con el cabello castaño y la boca y las manos de Clara, esposa del maestro. Ella le sonrió sin ocultar que sólo le obsequiaba una manera de la cortesía.

Milagros sube primero las escaleras y el nerviosismo se le pierde entre las ráfagas del perfume, tangibles como la blusa blanca y escotada, la ligera falda con menudas flores y el rebozo encarnado, todo aleteante como ella, todo inminencia del verano y dos peldaños arriba, tacones contra el mosaico; José no puede evitar mirarle las nalgas, tan perfectas, mientras se sonroja un poco avergonzado de que Milagros se hubiera dado cuenta. Al llegar al tercer piso, abre la puerta de madera: pásale, este es el estudio, pequeño pero acogedor. José entra después de ella y deja su portafolios en el suelo, contra un sofá que recibe el sol y las ramas de un domo transparente dilatado por toda la estancia.

No hace falta que José mire con detenimiento para saber que Milagros está en cada objeto, que ella misma es la sensación de acogimiento y calidez que no poseen por sí mismos la cocineta del fondo ni los dos sillones que completan la sala, rodeando una mesa de centro. Milagros lo mira, complacida con el efecto que ha producido y lo invita a conocer el resto, no es mucho, que se deja adivinar después de tres puertas que limitan el espacio. A la izquierda, el ruido, árboles y Río Churubusco. "Ven, te voy a enseñar lo demás", primero el baño, el lugar más importante de una casa, se ríe ella; luego, una habitación fresca y vacía que se comunica con el balcón y con otro árbol; al final, la recámara apenas entreabierta, más por pudor que por otra cosa, y el comentario de Milagros: aquí es para descansar. José se da cuenta de que ella cierra la puerta, de que es el único de los cuartos que ha dejado cerrado.

Cuando Hannes comenzó a interpretar en el piano sus propias composiciones, la estatura de Schumann se relajó hacia la atención y luego al entusiasmo. Escucha esto, fíjate qué original, ¿observaste la manera de resolver la transición de la frase? Y no se daba cuenta de que zarandeaba a Clara, tampoco de que impedía escuchar algunos pasajes en *piano*; no sabía que los dedos de su huésped estaban tejiendo una red de sonidos para peinar la cabellera de Clara, o que ese joven, un poco hosco y de cabeza que los frenólogos calificarían como caucásicamente perfecta, hubiera deseado que la música saliera de las manos de ella. que la sonrisa del saludo se transformara en aceptación y amistad sin necesidad de tener que recurrir a los ritmos cojos, recuerdo de mamá; tam-

bién ella es mamá, supo Johannes, no sólo porque ya sabía que Schumann y su esposa tenían hijos sino porque vio asomarse fugazmente a dos niñas.

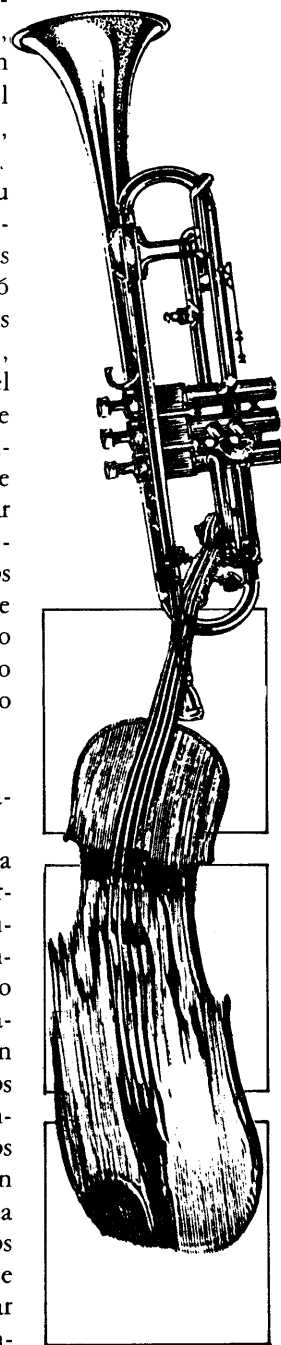
Ni Schumann ni Hannes podían suponer dónde estaba la mirada distraída de Clara. El visitante, catorce años menor que ella, la desconcertó cuando se saludaron. No podía negar que le gustó, pero su discurso armado sobre las teclas, su elocuencia hecha notas y contrapunto, su habilidad y las cosas que podía estar componiendo a los veinte años la deslumbraron. Más allá de lo que supusiera, estaba fascinada, porque sí, con Hannes talentoso, serio y más joven. La mirada de Clara no estaba en ningún lado porque no abandonaba el perfil del huésped: se había ido a pasear ahí con la música, olvidada de su esposo, de la sala y de sus hijos.

Supo que estaba en casa de los Schumann, en su casa y no en otro lado, sólo porque Robert comenzó a aplaudir cuando el piano y las partituras quedaron en silencio, cuando Hannes agradeció con timidez y algo de reticencia los comentarios del maestro. Ella misma se descubrió felicitando, aprobando con un beso en la mejilla el talento del nuevo amigo de la familia; él va a concluir lo que yo apenas he podido esbozar, es uno de los elegidos, tiene la inspiración que nadie posee; no se sabía si Schumann exclamaba estas cosas por estar frente a un hijo recién descubierto o ante un sucesor revelado. Clara no escuchó lo que los dos decían; se miró en los ojos azules de Johannes y le regaló una sonrisa que ya no era cortés. El supo que en el temblor de ese instante habían quedado dichas más cosas que en toda la tarde de música o en los entusiasmos de Robert.

—¿Quieres café? ¿o prefieres un whisky?

—Mejor un whisky, aunque sea el más temprano de mi vida.

Milagros sirve dos vasos con hielo y agrega la bebida. Tanto tiempo de amigos y de acompañarse y hablar sin fatiga para que ahora, quince minutos después del encuentro, las palabras y la conversación se concierten a tropezones, tanteando cada posibilidad antes del whisky como si derramaran monedas en la rocola para saber qué están eligiendo decirse. Milagros corrobora los anteojos miopes de José, su aire entre desamparado y tenso. Se sienta junto a él en el sofá, pone los vasos sobre la mesa, se quita los zapatos. Ella también presiente esa vaga atmósfera con augurios y opta por acomodarse contra el brazo del sofá, sube los pies y recoge la falda bajos sus piernas. Como se agacha un poco para hacerlo, José no puede evitar la entrevisión de sus senos, libres y milagrosos ba-



jo la blusa. Recuerda que hace más de un año descubrió, por la intercesión de un ceñido suéter azul que los destacaba, la turgencia y el carácter inolvidable de esos mismos senos. Tal vez se asustó: supo que estaba enamorado de ella y que el deseo también lo empujaba, ineludible. Desde entonces (no era cierto: desde antes, había escrito secretos poemas para ella, pero ese día, en medio de la clase, con Milagros levantándose para ir al baño, pasando frente a su escritorio y sonriéndole frente a las demás alumnas, José supo que ya no había marcha atrás aunque, en ese preciso momento, no pudiera decirle nada/

—¿entas de nuevo

—¿Qué?

—Que qué me cuentas de nuevo, menso.

Ah, perdona, estaba distraído.

—Ah, perdona, estaba distraído.

—¿Cómo va el asunto de/

—Prefiero no hablar de eso ahora.

—

—

—Entonces déjame leerte algo que escribí, aunque los patos les tiren a las escopetas. Es para ti.

—A ver.

Los dos dan un trago al whisky, salud, por el gusto de que estemos aquí, de que conozcas mi estudio; no, por estar contigo. Bueno, ya léeme lo que escribiste y yo, después, otras cosas. ¿De veras? ¿Tus poemas? Sí. Bueno, ahí te va.

Milagros se pone las gafas para leer y crear otro espacio, distinto, selvático: yo y tú enlazándose en el agua, en el silencio y el vacío, persiguiéndose como sombras incesantes, inacabables, llenas porque tienen cuerpo, nombres. Milagros y su texto no lo dicen pero José quiere entender, quiere creer, quiere suponer que los dos protagonistas son Milagros y José. Otro trago de whisky y hay que servirse más: los dos vasos ya están vacíos. Milagros se queda silenciosa, recarga su cabeza entre las rodillas, se quita los anteojos y pierde la mirada, dice: ya está. El pelo así, sobre rostro y piernas y falda la vuelven tan hermosa que José está a punto de acariciarle la cabeza, los hombros, pero se contiene. Deja fluir el largo silencio entre la luz y los muebles del estudio, permite que la voz de Milagros siga llenándolo, depositándose en los rincones, sobre la mesa de centro, en su piel. Después de un rato así, ella se levanta para servir más. José observa su corto viaje hasta la cocineta, los hielos, el color dorado, el ruido del líquido contra el cristal; la mira a ella, tembloroso, y otra vez el vacío en el estómago. Ninguno piensa nada. Ella regre-

sa con los vasos y la botella, un cenicero, cigarrillos. Vuelve a su antigua postura en el sofá, vuelve a decir salud y le pregunta a José: ¿me vas a leer tus poemas?

Algo pasó desde el primer día y Clara no supo describirlo. Hannes se quedó un mes en casa de los Schumann para transitar conversaciones con Robert resueltas en tardes fervorosamente musicales o en la revisión de manuscritos antes de ofrecerlos a la editorial; Hannes y Schumann acostumbraban dar largos paseos mientras discutían acerca de la nueva música alemana, censuraban a los filisteos, ponderaban la colaboración del joven compositor en la *Neue Zeitschrift für Musik*. Pero también Hannes y Clara hablaban de cualquier cosa perdidos en las manos del otro cuando tocaban al piano, extraviados durante parsimoniosas tardes mientras la salud de Robert, los orígenes de la incapacidad física para interpretar su obra, la oposición del viejo Wieck al matrimonio, el virtuosismo de Clara, tanta risa y miradas en su cuerpo, la cabeza y el cabello de Hannes, manos que se tocan furtivamente, leves caricias en la espalda como si fueran un abrazo incidental, Hannes amigo de María y Elisa, jugando a las adivinanzas con Julia y a la seriedad con Eugenia. Cuando menos lo esperaba, Clara ya necesitaba la constante compañía y la hosquedad encantadora del huésped; las jornadas cultas y familiares se volvieron incómodas porque prefería las complicidades íntimas. La introspección de Hannes se abismaba en el deseo de volverse sombra de Clara, pero no atinaba a saber cómo. Cuando él regresó a Hamburgo, Clara sintió, en la desmesura de la separación y la distancia, que estaba enamorada. Sólo así, en el extrañamiento, Hannes también lo pudo declarar en las primeras composiciones garabateadas al llegar a casa.

José está entre atreverse y no, a pesar de los cuerpos en el agua y la selvática feracidad. ¿Si me equivoco? ¿Y si nuestras posibilidades están solamente en? Pero la sonrisa y un “¿bueno?” de Milagros lo llevan al portafolios. Sale un fólido atestado de hojas y las hojas llenas de correcciones: los poemas; junto a ellos, espero que te gusten, apenas se están trabajando, no todo está terminado, tengo muchas dudas/ ¿por qué mejor no me los lees y luego explicas lo que quieras? ¿Todos? Todos.

No le queda más remedio, instintivamente toma otro trago de whisky. Trata de aclarar el sentido de lo que va a comenzar a leer; otra vez lo detiene la mirada de Milagros. Entonces, instrumento de sí mismo, inicia una larga lectura

mientras piensa que hubiera preferido elegir algo, no todo su material. La voz, primero titubeante y baja y como queriendo encontrar el tono adecuado, comienza a abrazar a Milagros, la ciñe y la rodea llevándola por paisajes diversos: la Ciudad de México, el sismo del 85, los árboles, la muerte, la literatura; va cambiando como si mirara a Milagros y supiera que no ha variado su postura, salvo para recoger el vaso en la mano. Los poemas prosiguen, no sabes que te quiero, cuánto tiempo de inventarte en historias donde sólo yo sé los viajes hacia el fondo de nosotros, de qué manera las palabras sobran pero buscan caminos para encontrarte en esas aguas, en la selva. Van los versos, vuelan las imágenes y pasa una hora de caricias con la pura voz, todo evanescente y ambiguo, intangible si no fuera porque el sujeto de esas páginas y el tiempo que se les dedicó entre borrones y titubeos es ella. Llega, así, el último poema, las últimas líneas, el silencio. Las hojas están en el suelo, allí donde los ojos de Milagros han querido descansar cuando no miraba a José.

En realidad, a él no le importa tanto (si le importa) saber si le gustaron los poemas, sino cuánto entendió de ellos. A ella le gustaron, tal vez porque vislumbró su verdadero sentido, pero José insiste:

—Muchos de los poemas que escuchaste son para ti.

—¿De veras?

—Sí, ¿podrías adivinar cuáles?

—

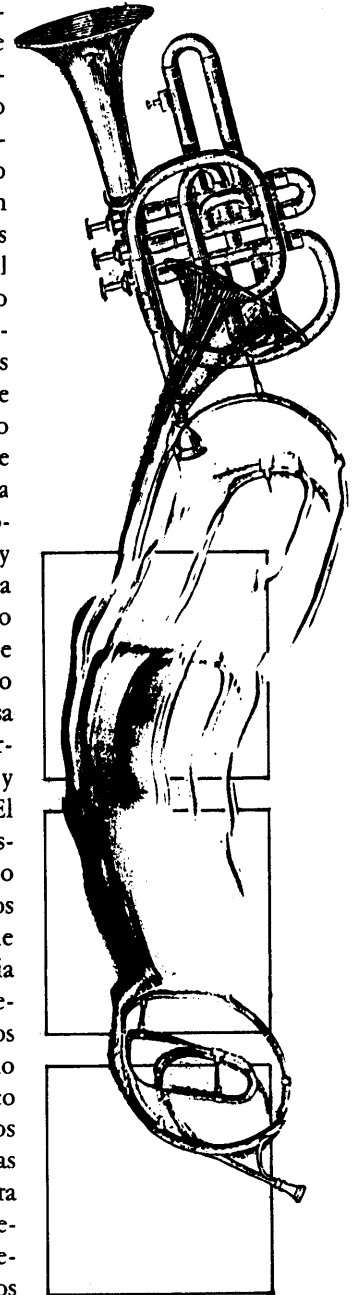
—

—Mejor léeme de nuevo esos que dices.

Más allá de lo dicho, la espera. Milagros se encuentra excitada y tensa, captura con los ojos el gesto de las manos de José al recoger las últimas hojas, y ahora es ella la que toma un trago del whisky y mientras el vacío en el vientre de ambos parece olvidado. Tal vez ya no se escucha la voz ni lo que dicen los poemas, sólo su ronroneo e ir sabiendo por qué este día, por qué los nervios de antes; de repente, todo el pasado tiene otra explicación, ciertos gastos se llenan de sentido y ciertos días, cierta manera de estar cerca. Ya nada importa sino lo que los poemas están terminando de explicar, el silencio que se alarga tras la última hoja rumbo al suelo y los dos, inmóviles, sin atreverse a hablar lo que piel y sonrojos y temblores ya se dicen.

Un año después, Dusseldorf volvió a mirar a Hannes, ahora con el pretexto de haber sido elegido por los Schumann para apadrinar a Félix, su último hijo. Cierro que la invitación lo acercaba más

al círculo y que el amigo integraría un desponsal simbólico y espiritual con Clara o con la madrina, no importa, pero atiende las consejas, le decía Joachim antes de partir: está mal visto que compadre y comadre se enamoren y se supone que, si ya fueron flechados, sus amores no podrán realizarse. Hannes miró a su amigo como a una sección de cornos que hubiera desafinado lamentablemente y alzó los hombros. Joachim se rió, le palmeó la espalda y Düsseldorf se abrió ante él con la sospecha de estar cerca y lejos, y así pudo jugar con María y sumergirse en innumerables conversaciones con Schumann pero sin poder asir los ojoslabios de ella, de la joven madre de un octavo hijo que confirmaba la asiduidad conyugal de una pareja tan cercana, y Hannes no entendía, por eso, cómo podía estarse zambullendo ahora mismo en la crítica del público conservador, en las preferencias musicales de un Robert a ratos decaído y otros ausente y otros, los más, infatigable. No entendía el incondicional afecto que le provocaba ese hombre convencido de que ya no podía llegar más lejos en sus búsquedas musicales, para eso estás tú, y Hannes se quedaba confundido, tanto como al tener entre los brazos la fragilidad llorona de Félix y sentirlo como parte suya, una extensión incomprendible que sólo explicaban el año pasado, la música, la inteligencia, las complicidades, pero esa boquita hambrienta y loca no surgió de su varonía y el cuerpo amado. “El cuerpo amado”, se decía con enojo, “como si ya lo hubiera visto desnudo para mí, como si ya lo hubiera tocado, ¿se puede amar un cuerpo incógnito?” Las respuestas sólo se producían cuando Clara iniciaba cualquier cosa en el piano o aprovechaba un pretexto para permanecer a solas con Hannes y hablar de todo y nada, de asuntos trascendentes y de la mosca. El no sabía entender que Clara presintiera lo mismo que él cuando sus ojos se encadenaban, no podía saber que en ella surgían los mismos temblores y pensamientos aunque hablaran de los papás de Hannes, de su marcada preferencia por mamá, de los ritmos que él incluía para recordar esa cojera tan querida desde niño, y los ojos de ambos se estaban diciendo otras cosas no menos importantes, porque sin el vicio errático de las palabras aparecían como en dos espejos mudos los te quiero y los te amo, las profundas caricias, el atrevimiento de romper con todo para besarse y hacer el amor como se debe, el anhelo de que fuera Clara la protagonista de sus estrenos para piano, ella la que lo acompañara en los



viajes, cada vez más frecuentes, para publicar, interpretar y lo que fuera, aunque nada como tu piel, Clara; nada como tu abrazo, Hannes; nada como irrumpir contra el frío y la nieve con el esfuerzo de nuestra incandescencia, sí, pero niños ya descansen, Robert quiere escuchar fragmentos de su sonata en el piano, llegaron las visitas y entonces los ojos, esos tan puentes intangibles mientras tienen que estar en otra cosa, en los amigos a la hora de la comida, en el bautizo y tus ojos, renuncio a Satanás, renuncio a sus pompas y obras, sí, tus ojos, Hannes, Clara.

Milagros y José podrían tocar el estrépito en el silencio, pero ya no oyen el indudable ruido de coches y camiones en Río Churubusco ni esa manera de la ciudad de irse imponiendo a sus pobladores. Ahora están atentos al inesperado latido, a la algarabía secreta en que se ha convertido este inocente lunes. Los papeles yacen, abandonados, sobre el suelo; los vasos de whisky están a punto de regresar a la transparencia y el ámbito queda, sin embargo, inmóvil. Ellos no se miran, como si el infinito abierto sobre la alfombra o la pared expusiera las respuestas que se quieren dar y abriera el misterio de un deseo nacido largamente, ahora desvelado. Las cartas, los poemas de los dos, sabían desde antes que eran cómplices de una hora que Milagros y José fueron tejiendo para desanudarla este lunes. Ahora recuerdan de otra manera la tarde lluviosa alrededor de un coche donde algo estuvo a punto de decirse y permaneció en un ambiguo te quiero, somos amigos; también recuerdan con sospechosa precisión el día que se conocieron, una tarde luminosa de abril, un cuarto blanco, mesas y, entre otras personas, ellos dos saludándose con las presentaciones rigurosas, tal vez el uso de algún usted en lugar del tú. Ahora nada es inocente, el pasado se recompone como parte de una búsqueda donde nunca hubo cosa dicha ni acto cometido que no hubiera querido acercar al otro: cuántas páginas por releer de manera distinta, con la clave exacta de un silencio que ya lo está diciendo todo.

Las miradas viajan y se encuentran. José se quita los zapatos y calcetines, pone los pies sobre el sofá y cruza las piernas. Las miradas se buscan y así quedan, frente a frente, edificando un paso abierto para permitir a las palabras que digan lo necesario, que esto significa te amo hace mucho. Y otro silencio cargado de ojos que se tocan, del eco de voces que se han atrevido a la caricia aunque los cuerpos sigan inmóviles, queriendo cerciorarse de lo evidente:

—¿Estás seguro?

—Nunca ha tenido más certeza que ésta.

—¿No importa que/

—Nada importa, sólo amarte.

—Yo también te amo

—¿También estás segura?

—Lo estoy, desde hace tiempo.

—¿Mucho?

—Desde que nací.

—Yo también, siempre te he buscado pero fuimos tímidos.

—Acaso tú lo fuiste.

—Sí: no quería perder ni tu amistad.

—Ya ves que no era así, siempre te he querido.

—Y yo, pero el amor es temeroso.

—Entonces.

—

—

—¿Estás seguro?

—Sí, te amo.

—Y yo.

Otra vez el silencio, pero ya para qué hablar, para qué si los dos presienten que este mediodía ha sido el fin de un largo camino de ojos vendados a través del laberinto. Haberse encontrado ha sido quitarse las vendas para confirmar lo que sabían: eres tú y ya no hay duda, porque al fondo de la noche oscura esperabas tú, siempre lo supe, valió la pena padecer por encontrarte. Milagros se mueve imperceptible para bañar de verde a José y éste baja del sofá, se hinca en el suelo junto a ella.

1856, año de no olvidarse: Clara interpretó, por fin, música para piano de Hannes en enero y Hannes visitó, a principios de abril, a Schumann, segado por la casa de salud, por el intento de suicidio en el río y la nota constante en el oído, porque sí la escuchas, ¿no? ¿Será de Beethoven o Schubert? Es de Schubert, ha venido a visitarme, ¿sabes?, y quiere que sigamos trabajando en esto, vamos bien, pero esa nota es, creo que sí, de la *Quinta* de Beethoven, no sé si fue él quien me habló, ¿tú qué crees? ¿Sabes lo que es brincar al agua helada y no morirte? ¿Sabes lo que es volverte loco, estar triste y no poder morir ni cuando saltas al fuego helado del agua sin querer nadar? ¿Para qué me salvan si ya no puedo componer? Tú debes proseguir lo que no alcancé ni pude, tú, gloria de Hamburgo, líbrame de esta incapacidad, de esta torpeza, perdóname porque arruiné mis dedos para tocar el piano, por obligar a Clara a hacerlo por mí, por imponerte mi destino y hacerte mi heredero, Hannes, pero sólo tú podrías continuar y superarme, hazlo, hazlo por mí, te doy lo que soy.

El 29 de julio, al fin, murió Schumann. Hannes asistió al entierro y velación del mejor maestro, del escaso: tres años desde los eufóricos días en Düsseldorf, dos desde el nacimiento de Félix, tres años de haber conocido a Clara Wieck viuda de Schumann. Tantas notas, tanta obra para morir igual que todos, pensaba Hannes en el instante en que abrazó el hombro cubierto de negro y la fragilidad castaña de Clara mientras caía la tierra sobre el féretro en el cementerio; tanto querer morir y tanta locura para acabar así, dejando esa música en la que nadie adivinará cuánto amaste a Clara la noche previa o qué buenos chistes contabas o qué gesto peculiar tenías al escuchar tu música.

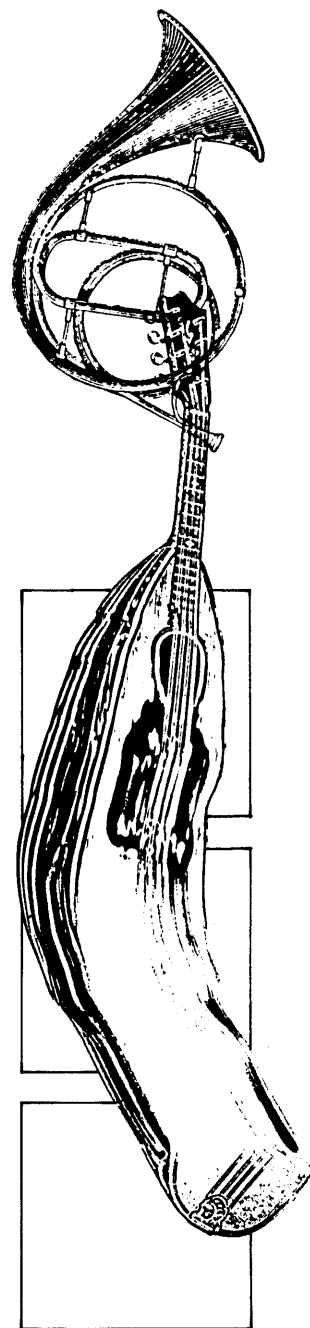
Clara se le dijo cuando llegó a la casa: me iré a vivir a Berlín y necesito descansar, tal vez vaya a Suiza con mis hijos, ¿quieres venir con nosotros? Estaba rota y él también, pero celoso y adolorido, ambiguo. Ella quedaba libre, él había sido amigo de Robert y lo admiraba y lo quería, ¿qué hacer? Acepto, voy con ustedes a Suiza. ¿Cómo estás? Ya te imaginarás, no sé qué esperar aunque esperaba su muerte, la deseaba porque lo veía desmoronarse entre los días. ¿Ya viste, por cierto, a Félix? Está muy débil, ese frágil Félix, como los frágiles Robert, Clara y Hannes. Le parecía canalla aprovecharse de la viudez y decidió alejarse. Ya se veían en las vacaciones.

Lenta caía la tierra, llovió brevemente pero, ¿qué importaba? La muerte todo lo transforma: ¿qué hacer con el amor en las manos? Clara de negro, Hannes de luto, Robert bajo tierra. De cualquier manera, Hannes no había dicho nada cuando Schumann vivía y, ahora que estaba muerto, hoy que era cadáver, ¿qué podía decirle a Clara más allá del dolor mutuo? Sonaba absurda pensar del difunto, pero tu boca, Clara, tu cabello rubio, Hannes.

1856 se cerró para ambos con una larga estancia en Gersau junto a los siete hijos, Elisa, la hermana de Clara, y la sombra de Robert. Todo fuera por la salud de ella y por sentir que no hay transgresiones, que así está bien, que se puede esperar.

José y Milagros parecen inmóviles, bailando una pausada danza cuyas figuras se construyeran para un ojo capaz de mirar el movimiento que no se mueve, pero él, desde el reposo del suelo, se incorpora hacia ella y dirige sus labios a la mano izquierda de Milagros y recorre, maravillado, el terso paisaje de la palma, sigue cada línea y la asegura con boca quiromántica; derrama ligeros

besos en el nacimiento de la muñeca y prosigue por el dorso para perderse en sus ríos azules, verificándolos con la lengua y el aliento hasta alcanzar el terso extremo de una flor abierta: la boca decide perseguir el camino de ida y vuelta en cada dedo. Nunca pensó que esas manos tan pequeñas pudieran, como ahora, alimentar de perfume y piel la gula de su boca, y lo que ha parecido un pensamiento cede a la tentación del antebrazo, redondeado y armonioso como brazo y hombro, como el codo que articula, sin severidad, los sutiles movimientos que responden a la húmeda exploración de un José transfigurado en labios, dientes, saliva y cauta mordedura, embebido en el viaje sin regreso que apresura lo más lentamente posible el vello sutil y los lunares, la tierna redondez que asciende al hombro y es prisión insensible, cárcel del tiempo, laberinto de carne donde los besos están perdidos y tienen que avanzar, retroceder, irse de lado para buscar una salida que no se encuentra o un norte que indique si hay que dejar ese vértigo tibio donde no hay caminos, donde cada vericuetto es el camino, porque perderse así en Milagros es encontrar el asombro perfecto del hombro, arribar con boca, cuerpo y pensamiento a esa tentación de los sentidos que siempre lo tuvo cautivado en los escotes milagrosos del verano: el hombro y la clavícula, el sendero hacia el cuello, la provocación para un palpable reconocimiento: qué hermosa eres. Se rompe el silencio sin que los labios abandonen la temblorosa inmovilidad de Milagros, siguen depositados sobre ella y sienten el calor de la piel y que se pone chinita, que los vellos se erizan levemente, que su carne responde como sabe, besando a su manera, permitiendo el avance y la conquista de José. Y como por el hombro se asciende al cuello, delgado y largo, hay un diálogo sin pausas entendido sólo por cuello y hombro y boca donde ellos saben las claves que se entregan y los pactos; tal vez, sólo suspiros y temblores serían la manera de enunciar vagamente la conversación de piel a piel que ya se precipita hacia el pecho, extensa blancura que es puente para ir de un lado de otro, mirador desde el que se adivina la casi expuesta perfección de cada seno. La boca temeraria no descien- de todavía, quiere preparar cada encuentro y prefiere irse al hombro derecho, lugar desde el que el universo cambia de figura y de sentidos, altura desde la que José y Milagros piensan, sienten, sin saber que lo hacen juntos, que está cercana la inminencia del beso, el paso del hombro



hacia las bocas y entonces todo será para siempre y sin salida, ¿cómo será besarse? Ese encuentro tendrá que ser suave, acolchado, dulcemente húmedo, tiene que ser tan arraigado y profundo que más que las palabras y el lento recorrido por el cuerpo, más que el mismo deseo de conocerte con mi sexo, en el misterio de nuestras bocas que se sellan estará la alianza final, esta certeza de que tú y yo nos hemos prometido antes, desde otros tiempos y otras vidas, para perseguirnos y ser nuestros y hallarnos entre la densa turba de una ciudad que todo lo pierde, menos a nosotros. ¿Cómo será besarte? Ya volteas y te acercas, ya nuestros rostros se entreveran, las dos bocas se buscan, ansiosas, y asaltan con suavidad las lenguas. Todo es suave, mágico, prefigurado, el beso es largo y es caliente y es como lo imaginaba, ya estoy preso, soy tuya siempre, no hay marcha atrás y todo está adelante, ya no hay dudas, sólo tu nombre y el mío, mi boca, ¿tu boca? ¿Dónde termino yo y empiezas tú? ¿Dónde, amor mío?

A las seis de la tarde del Viernes Santo de 1868, las puertas de la iglesia de San Pedro, en Bremen, giraron sobre su pesadez para dejar que entrara un tumulto: música, orquesta, coro, Joachim ataviado con su afecto por Hannes; Jakob Brahms, paternal y gordo y elegante; público, críticos y amigos. La densidad del espacio catedralicio se amistaba con los preparativos para el concierto y arropaba los ánimos para la que muchos consideraban una consagración definitiva: todos escucharían, para no olvidarla, una obra dedicada a la memoria de Robert Schumann y de Johanna Brahms, muerta hacía tres años, aunque no sus caricias ni la sabia ternura con que siempre acompañó al hijo, no su paseo definitivo por las partituras llenas de juegos y referencias a los amigos, de frases cómplices, de ritmos donde Johanna irrumpiría para dar a la música de esa tarde, y a otras músicas en otras tardes, el misterioso sube y baja que Hannes llevaría consigo en oído y corazón, sobre todo a partir de la conciencia de la finitud frente al cadáver, de que lo único en que se van dejando las personas es en la memoria de los otros. Por esas razones, Johanna y Robert participaban de la dedicación de *Ein Deutsches Requiem* mientras otra pareja los recordaba en la iglesia: Hannes y Clara. Por los dos ausentes se reunían tantos, sin saberlo. Los periódicos sólo dijeron que el nuevo réquiem del compositor sería uno de los acontecimientos musicales del año, dicho esto con los

más sabios lugares comunes de la crítica, susurró Hannes al oído de Clara, antes de empezar con los primeros acordes del estreno.

Sí, la novedad del réquiem no estaba sólo en que era alemán y protestante, sino en que parecía sugerir la idea de la consolación por la muerte, de la felicidad final con que ésta es derrotada. Pero también era la celebración de un vivo por dos muertos, confirmar que, desde este lado, es más fácil hacerse de una idea de la inexistencia para cantarla. Es posible que sólo Hannes y Clara entendieran que la idea del liberarse por la muerte podía ser una manera de reunir a los vivos y de hacerles entender que lo que no se ata en la tierra será difícil de atar en el cielo.

Allí, junto a Clara y en la primera fila, también estaba María Schumann, la hija mayor. Quién sabe si entendiera lo que en puros sonidos y timbres se iban diciendo del podio a la primera fila la viuda y el fiel discípulo, siempre muy amigos, vigilantes de que las palabras no hubieran dicho hasta ahora lo que días, años y adidua compañía les mostraban:

siempre los abrazos hasta medio camino, las medias frases para no excederse, la fidelidad de la nostalgia por los tres años de Düsseldorf y esa curiosa manera de negar otros quince de acercamientos y retiradas, de Clara logrando que María o cualquiera de las otras hijas estuviera presente en las conversaciones neutras, como si hubiera querido que sólo la persecución de las miradas y los juegos de manos sobre el piano fueran la cautelosa trama en que se escribieran los mensajes. También parecía que los dos jugaban a erigir paredes para indagar cómo romperlas, pero no las habían derruido ni aceptaban que hubiera reglas comunes para el juego sin las cuales éste resultaba incomprensible, por ejemplo, haberse hecho el amor desde los ojos, sin más concesiones para el decoro y el deseo.

Al terminar el concierto, la catedral parecía quedarse llena con los aplausos enloquecidos, con la aprobación unánime y el eco de tanta música. Hannes y Clara salieron del brazo hacia la calle custodiados por María, rodeados de amigos y parientes. Otra vez era el juego de la caricia fingida en un abrazo, la usurpación en la dedicatoria del réquiem. Sin embargo, a partir de ese día, a los treinta y cinco años de su edad, el compositor dejó de ser Hannes: el éxito, los periódicos y Clara lo convertirían en Brahms.

Brahms y Clara Schumann caminaron por las

calles de Bremen pensando juntos, sin decirlo, en la manera de hacer el amor y beberse esa noche, sí, esta podría ser la de la fama y la declaración, por fin una oportunidad para nosotros, en Viernes Santo, qué curioso.

No se dan cuenta pero dejan el sofá y se ponen de pie; ya no es el solo encuentro de las bocas sino el adeudo ancestral que hoy se cobra tantos días, tantos años y eras de búsqueda en los que aspirarse en el otro hubiera sido un tiempo pleno; por tanta persecución, hoy las bocas se vuelven insaciables, los cuerpos se han erguido y se retienen en un íntimo abrazo del que parece depender el orden del mundo. Las manos exploran libremente cada espalda provocando estremecimientos que son una aceptación irrefutable, la bienvenida al paso de los dedos, la entrega de la llave de la ciudad: han desaparecido los vasos de whisky, los árboles y el ruido circundante, ya no hay mobiliario ni luz derramada por el domo, ya no existe la ciudad ni están las puertas, sólo la indecible recomposición del universo en la húmeda trama que tejen dos nombres y dos cuerpos.

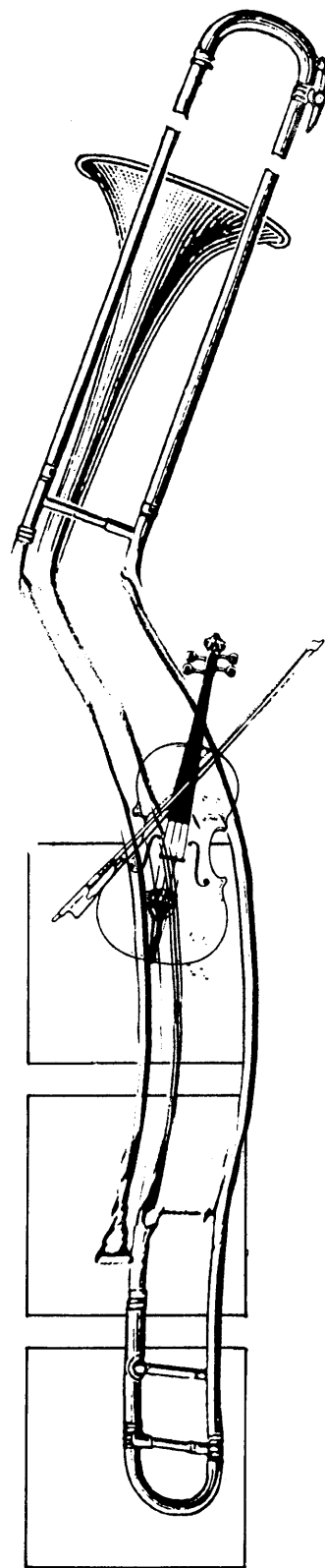
De pronto, se detienen. Se miran de otra manera, reconociendo con distintos ojos el misterio que tienen enfrente. Las dos respiraciones están agitadas y el abrazo se deshace levemente para que la mirada abarque al otro de abajo a arriba y de costado a costado. Como si fuera lo mismo que mirar, José hace que sus manos suban de la breve cintura de Milagros a la espalda y los hombros, tomen los extremos de la blusa y pretendan hacerla descender. No se da cuenta de que hay que abrirla para lograr que las mangas salgan de los brazos, para que la desaparición de la tela permita el primer arrobamiento ante los antes sospechados y ahora descubiertos senos, tangibles orbes frutales que lo hundan en un asombro interrumpido por manos y dedos de Milagros que ya vuelan sobre los botones de su camisa y lo despojan para que, en el puerto de la piel, ella también pueda mirar su pecho sin tener que imaginarlo. Los dos torsos reciben la rápida aceptación de lengua y boca, se dejan someter a las exploraciones ansiosas de los dedos, se estrechan y se presentan, se frotan con una euforia de viejos conocidos y descubren la simetría de un lunar en el centro del busto y cada ombligo es fuente de indagación para los labios.

En ese armoniosos garabato que los dos dibujan, hay un momento en que las bocas regresan a las bocas y el abrazo se reintegra, como si la figu-

ra del baile tuviera que llegar a un alto, a ese final que busca el asentamiento en las miradas. Las manos ahora desvanecen falda y pantalones y no hay calzoncillo que resista la capacidad difuminadora de diez empeñosos dedos: en ese salto fuera del tiempo, Milagros y José llegan al verdadero que los abisma y arrebató, al que les hace descubrir con asombro que el otro también tiene piernas y nalgas, que hay vello en su pubis y que el sexo es una puerta que se abre, propone, da la bienvenida y está allí, donde debe. Este descubrimiento es tan cauto que otra vez llega la inmovilidad, el mirarse sin violencia y con azoro para prodigar con los ojos la más suave caricia frente al confiado impudor de cada uno en el que cada blancura es una voracidad de espejos. Han avanzado, sin saberlo, al centro de la estancia. La luz pasada por el domo los hace refulgentes.

Brahms llegó a Frankfurt por tren en octubre de 1895. Tocó la aldaba de un caserón que moraba la calle y sintió en el peso del llamador la resonancia de cuarenta y dos años entre este gesto y otro similar, en Düsseldorf, cuando entró por primera vez a casa de los Schumann. Aquel joven no se parecía al hombre rechoncho y fornido que desgranaba el toc toc toc contra la puerta, a este de pelo canoso y barba blanca, abrigado por el prestigio y las polémicas de la nueva música alemana que tanto le hubieran gustado a Robert. Que si era clásico, que si era académico, que si era... y Brahms sonrió, más bien, al oírlo de lo que no había sido, a la doncella que le abrió la puerta permitiéndole reavivar la sensación de lo ya experimentado, sólo que no fue conducido a ninguna salita ni a ningún recibidor: Brahms fue llevado directamente a donde Clara reposaba, en un sillón, mirando las sombras de un temprano atardecer junto a la ventana. El piano estaba abierto, lo cual no era de extrañar, y Brahms reconoció, al paso, unas variaciones suyas sobre un tema de Schumann. Al incorporarse, con su cabello radiantemente blanco, Clara gritó el nombre del viejo amigo y la habitación retumbó con "Hannes, Clara" antes de que los dos se sentaran frente a frente.

Tenían tanto de qué hablar que no dieron con ninguna palabra. Brahms observó un montón de cartas suyas, dirigidas a Clara, abiertas y apiladas junto a un cofrecillo. Los dos se miraron profundamente, como era su costumbre, y en ese silencio ansioso a él le dio por recordar lo que pudo haberle escrito, pero sólo recuperó el tono. Qué cosas se dicen las cartas cuando hay distan-



cia y ausencia, qué solemnidad por momentos, qué inmediatez. Nunca hubiera creído que fueran tantas; tampoco se dio cuenta de que este comentario lo había hecho en voz alta.

—Sí, muchas cartas.

—¿Y las guardas todas?

—Menos las que te devolví, hace años.

—Ah, sí, esas cartas.

Eran una declaración. Cuánto pesaba la sombra de Robert hasta para el par de viejos que se seguían desmintiendo con los ojos lo que misivas y palabras y actitudes disfrazaban. Brahms recordó haberle escrito a ella, con la vehemencia de sus veinticinco años, con el enamoramiento de la juventud, que las pasiones no conciernen a los hombres como cosa natural, que debían desaparecer y arrojarse lejos. Qué bien describía la situación de ambos, con cuánta exactitud delineaba un destino común de silencio enamorado. Aquel Hannes no podía saber que esas palabras habían sido la tentativa de exorcizar su amor por Clara o, tal vez, el intento de provocar el esperado sí. Ahora mismo la miraba (hoy, sin ninguno de los hijos) y todo en ella era corresponder a la intensidad de un amor arropado por años. Brahms se inclinó y, deliberadamente, cometió el atrevimiento de tomar las manos de Clara entre las suyas, de darles un parsimonioso beso, de acariciar con ligereza la piel vencida por el tiempo, de mirarla con descaro a los ojos y, sobre todo, incurrió en la transgresión de hablar:

—Creo que cometimos un grave error. Debimos hacernos el amor, casarnos.

Clara lo miró con ternura. Sostuvo la alianza de los ojos y no retiró las manos. Le sonrió suavemente.

—Tal vez. De cualquier manera, ahora soy demasiado vieja para ti y quién sabe si vivir juntos no hubiera sido un obstáculo para tu trabajo musical.

—¿Por qué dices eso? Sabes que sin ti no hubiera logrado nada. Casi no hay página mía que no hayas inspirado.

—Sí, Hannes, pero hoy es tarde. Tal vez debimos y no supimos... Jamás sabría cómo resarcir nuestro silencio.

—Nunca fue un secreto que nos queremos, estuvimos tantas veces al borde de decírnoslo.

—Sí, pero hoy es tarde.

Brahms sonrió con melancolía. Apretó suavemente las manos de Clara, se acercó a ella y besó delicadamente su boca. Ninguno de los dos su-

po de quién era el temblor, pero fue breve. Brahms se volvió a sentar y dijo:

—Posiblemente no sea tan tarde. Podemos prometer que, cuando nos volvamos a encontrar en circunstancias favorables, sabremos no perder el tiempo en lugar de arrepentirnos. Podemos prometernos nuestro amor para ese instante no previsto, para esa búsqueda indecible.

—Acepto.

Brahms separó sus manos de las de Clara y se recargó en el sillón. Se acarició la barba, suspiró, cerró los ojos. Clara lo miraba, enamorada. Al fin, él le propuso: ¿querrías tocar algo para mí? Ella se dirigió al piano. Tocó largamente las variaciones sobre el tema de Schumann y otras piezas que a ella siempre le gustaron.

Era casi la fría medianoche al despedirse. Brahms seguiría su viaje a Zurich al día siguiente y ninguno pudo dejar de pensar en el otro. Sin embargo, la próxima visita se pospuso hasta mayo del siguiente año, en Bonn, donde ella fue enterrada.

El resfriado que pescó Brahms en el cementerio era casi una manera de estar con ella y de llorar sin tregua. Ahora sólo tenía el peso de la ausencia y el insoportable vaivén de la memoria, los reproches ante su falta de valor. Se dio cuenta de lo escaso que era el recuerdo de las caricias accidentales por la espalda, de lo insuficientes que habían sido los besos de soslayo, casi al borde de la boca. En la tumba y en la tierra yacían todos los años de espera y de la espera surgían dos sombras para perseguirlo: Robert y Clara. Pero ese día descubrió que Schumann ya no era para él sino una sombra querida, sólo su amigo. Lo vi-vido con Clara estaba en otro lado.

Menos de un año después, el 3 de abril, Johannes Brahms murió en Viena. De alguna manera se propuso perseguir a Clara, ascender donde ella y llamar por última vez en su puerta, en la definitiva, la que, cerrándose tras ellos, cobijara algo más que la sensación de tierra y sombra y no tocarse porque, Clara, tanto esperar en el silencio para morir se uno: tenemos que vernos pronto.

Perciben que están radiantes, trastornados y ebrios; absurdamente, mientras siguen contemplándose y explorando sus respectivas desnudeces, recuperan los vasos, se dirigen a la cocineta, les ponen hielo y sirven más whisky. Milagros suspende por un momento el pasmo y le comprueba a José la importancia de ciertos itinerarios, la relevancia de algunas habitaciones

sobre otras y entra al baño. Ninguno de los dos tiene la capacidad de reflexionar sobre lo ocurrido hasta ahora. Son puro brillo dispuesto a ahogarse en su luz esponjosa.

José no sabe si imaginar la dorada hebra que, seguramente, ella estará impulsando ahora; Milagros no sabe si vislumbrar que la mano de él se pasea con discreción en torno al pubis. Atrevidos o no, cuando Milagros sale del baño, él cumple con la figura simétrica y la sustituye, ella afuera y él adentro. De no ser porque las horas y el nerviosismo justifican las efusiones de la vejiga, parecería que están tratando de ampliar el paréntesis que se abrió con el whisky, o que se hacía necesario un alto para el vuelo que se anuncia en los íntimos rubores de cada uno, en la cosquilla secreta que comienza a deslizarse desde constelaciones viscerales difíciles de precisar, recorre el cuerpo y se torna un ansia intolerable bajo el vientre, un imperativo categórico que exige al otro, pausado y lento, para que en la reunión final los dos cuerpos, en su absoluto ayuntamiento, ya sin nombres o con el conocimiento del amado, frutas succulentas, arcas de la alianza, escrituras de carne. José sale del baño y se dirige a Milagros. Se besan confianzudos, como si desde siempre no hubieran hecho otra cosa, y se vuelven a mirar, sonrientes.

Sólo ha sido el preludeo. Casi poniéndose de acuerdo, se dirigen al sofá y las manos comienzan a temblar, ansiosas, preparando el más lento recorrido, aquel que reposa en los senos de Milagros y precipita la sangre en los pezones y palpa los misterios de leche allí guardados, que no cesa en la desmesura cártográfica para saber, lo más rigurosamente posible, el peso, tamaño, dimensiones y tersura del derecho, del izquierdo, los compara, duda, vuelve a inquirir y, al fin, olvida el sentido de ese viaje: las manos ya naufragan y han cedido al canto mudo de esas dos sirenas; o aquel que explora el pecho de José con labios que inquieren también las diferencias y saben que aquí es más liso que en mi cuerpo, pero más fuertes, los pezones son menos turgentes pero no más sensibles, este pecho es una ondulada llanura donde la boca milagrosa va derramando marcas para el momento del regreso, si es que lo hay, y quisiera succionar cada latido del mundo subterráneo. Ya no hay orden aparente ni concierto: el sofá parece un lecho donde los dos, desnudos, formulan un inventario minucioso de la piel del otro y se ayudan, para eso, con maros, bocas y cabello. Otra vez el tiempo se suspende y la luz

emerge de la habitación al domo. Los ayes y quejidos y suspiros prodigados son un lenguaje carnal que anula el pensamiento y es proclive a las tibias humidades. En el silencio sólo caben las palabras que ponderan al otro, qué cuerpo tan bello, qué buenas nalgas: se han caído los velos que los separaban para trasmutar sus límites en el deseo. Los vasos están intactos en la mesa del centro. La ropa y los papeles en el suelo atestiguan el nuevo orden construido y esperan, pacientes, el momento en que vuelvan a ser falda, pantalones, poemas.

Se detienen un momento y Milagros pregunta: ¿vamos a la cama? Sí. Les cuesta, al principio, levantarse, pero lo hacen y se ayudan, se dan de paso alguna ligera palmada sobre las piernas o pellizcan la piel. Dejan los vasos en la estancia y entran a la recámara. Cierran la puerta y, más que desdoblar con cuidado la colcha y retirar con cautela los cojines, los arrancan y envían al suelo, sin comedimiento. Entran a la cama, alba complicidad que los recibe con amplitud, y el frío de las sábanas los sorprende y se convierte en recordatorio innecesario pero, antes de volver a las caricias, Milagros le vuelve a decir a José, con una mirada riente que niega la seriedad de la pregunta: ¿estás seguro? José, sin quitar un dedo aventurero del atento clítoris, responde, la acaricia, la sigue besando, le dice: tendría que contarte una historia/ espera ¿no querías que te dijera? No, no me espero, tenemos mucho tiempo para hablar.

Otra vez, ya no hay palabras. La boca de Milagros sella la de José, a punto los dos del inminente incendio. No hay que asegurar nada porque todo se ha dicho; promesas y dudas se van yendo en la resaca de los minutos y en su flujo de agua sólo se retiene el nuevo orden donde salta el tiempo, donde flotan y se mueven, sin prisa alguna, José y Milagros, olvidados de Coyoacán, de la tarde que ya se rotula con la luna joven, del fresco de la noche que comienza a recorrer las calles y acentúa los colores y el verano en la ciudad, olvidados de que es lunes, y de que la semana laboral prepara las obligaciones.

Olvidados del olvido y de sí mismos, atentos sólo al otro, no se dan cuenta de que el cielo los celebra con un alto despliegue de dorados y naranjas contra el festín azul que concierta las estrellas, de que sol y luna, en ese instante, entrecruzan su luz como un saludo. Tampoco saben (tal vez no les interesa) que, contra la costumbre del verano, este lunes apenas ha llovido.

